

Pere Formiguera ha abierto la caja de Pandora. Se trata de rediseñar una nueva visión del bodegón contemporáneo, a pesar de haber dejado marchar a Pandora, rodeada de mito, y provocar una mirada lógica y desencajadamente humana que escruta las entrañas del ser humano, paradójicamente, a través de su vestuario emocional, de su epidermis. El autor se lanza como despistadamente, como inocentemente, a buscar las huellas, los rastros del viajero de a pie a través de los objetos simbólicos de su cotidianidad. Por ejemplo, en una de las obras la pipa de Magritte aparece fumando al lado de los cigarros embriagados de Sigmund Freud o, en otra, la luz metálica de una esfera agujereada se refleja contra una cadena que pide libertad. Así pues, las cajas mesiánicas de carpintero de Pere Formiguera, nombre de roca, tienen la nariz puesta en la herencia de un Joseph Cornell y provocan las tres dimensiones. Pero estas máquinas diabólicas de hacer pensar, además, contienen artilugios encontrados o reencontrados, creadores de verdad artística. Es aquí donde Duchamp saca la oreja. Por lo tanto, la orografía de estas sinfonías canta a la muerte y a la vida al mismo tiempo, y hace notar como el ser desgasta las formas. Unos bodegones que trabajan la materia supuestamente inerte mientras la hacen viva, porque la reivindican en el presente. En fin, el dibujo con la luz de Formiguera ya no sirve sólo para destilar la permanencia de una verdad sino para crear una nueva, verdad o ficción, depende de muchas variables. «Se supone que soy profeta de las tinieblas y la luz platónica ya me ilumina», gritan *Los cantos de Maldoror*. «Estoy pariendo la criatura», me grita Pere Formiguera, hace pocos días, desde la lejanía-proximidad de un auricular.